

Miedo en la ciudad. Emergencia y contexto en un distrito de Madrid

Sergio García García¹

RESUMEN

Asociado a la progresiva retirada de la ideología del *progreso*, en las últimas décadas se está produciendo un fenómeno de dimensiones globales consistente en el crecimiento del valor de la *seguridad*. Detrás del auge de este valor se esconden una serie de procesos sociales que están dando lugar al aumento de la vivencia subjetiva de *inseguridad*. El miedo es un sentimiento de carácter *negativo* que compone la dimensión emocional de la citada inseguridad, pero no por ello está exento del análisis del contexto social en el que se construye y en el que se expresa. A través del análisis de los discursos, de las acciones y de las biografías de distintos agentes pertenecientes al distrito de Carabanchel (Madrid), se tratará de dar cuenta de la relación entre las visiones expertas (procedentes de los medios de comunicación, los políticos profesionales, el aparato judicial...) referidas a la "inseguridad ciudadana", y las representaciones de las personas que viven cotidianamente Carabanchel. Se podrá vislumbrar así, como el *miedo* a la pérdida de poder social por parte de los actores, en un contexto de competencia por recursos escasos, se traduce en una representación del entorno como inseguro que trata de garantizar la propia legitimidad social.

¹ Trabajador Social y Licenciado en Sociología. Universidad Complutense de Madrid.

PALABRAS CLAVE

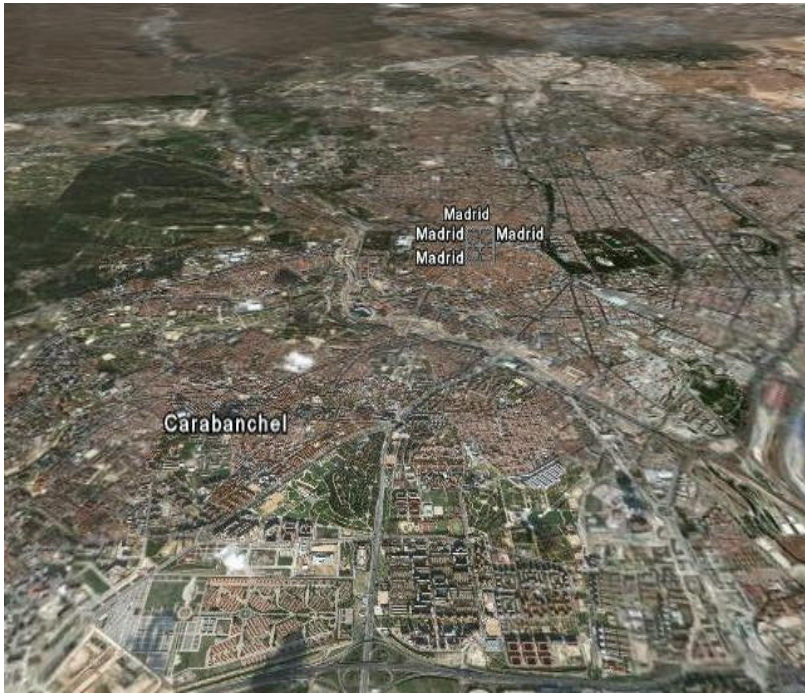
miedo, inseguridad, legitimidad social, desempoderamiento, espacio público

ABSTRACT

Associated with the progressive retreat of the progress ideology, is happening in the last decades a global dimension phenomenon consisting in the growth of the security's value. Behind the increasing of this value, they hide a series of social processes that are giving place to the increase of the subjective experience of insecurity. The fear is a negative characteristic feeling that composes the emotional dimension of the insecurity but not for that reason is exempt from the social analysis of the social context in which it is constructed and in which is expresses. Across the analysis of the speeches, of the actions and of the biographies of different agents belonging to carabanchel's district (Madrid), it will be a question of the relationship between the expert visions (from the mass media, the professional politicians, the judicial device...) relate to the "public security", and the representations of the persons who live in Carabanchel daily. It will be possible glimpse thus, like the fear to the lose of social power on the part of the actors, in a context of competition for scanty resources, is translated in a representation of the environment like insecure that tries to guarantee the own social legitimacy.

KEY WORDS.

fear, insecurity, social legitimacy, loss of social power, public space.



Carabanchel, distrito del sur de la ciudad de Madrid, ocupa una posición periférica en el sistema urbano madrileño.

1. INTRODUCCIÓN

El *miedo* es una emoción que podríamos considerar negativa en la medida en que produce sufrimiento a quien la experimenta. Este sufrimiento se manifiesta a nivel psicológico en la anticipación de hechos negativos, y a nivel fisiológico en la aceleración de determinadas funciones vitales como el ritmo cardiaco, el respiratorio, etc. Sin

embargo, estas manifestaciones nos informan muy poco del contexto social de su aparición y, por tanto, de las diferencias entre grupos sociales e individuos a la hora de experimentarlo. En las siguientes páginas voy a tratar de transmitir el esbozo de las conclusiones de una investigación realizada entre los años 2005 y 2006 que versaba sobre las *posiciones sociales ante la seguridad y la inseguridad en Carabanchel*. Este estudio fue llevado a cabo a través de un trabajo de campo etnográfico que trataba de rastrear en los discursos y en la observación de algunas acciones, las vivencias del entorno cotidiano, el barrio, y la recepción de los discursos dominantes (los de los medios de comunicación, los políticos profesionales o los responsables de la justicia o policiales) referidos a la “inseguridad ciudadana” y a Carabanchel.

La elección del objeto de interés, las posiciones ante la seguridad y la inseguridad, y su estudio en el contexto del distrito madrileño de Carabanchel, perseguían la puesta a prueba de las narraciones dominantes referidas a ese lugar *inferiorizado* socialmente. Carabanchel es representado por los medios de comunicación como un sitio de *sucesos* y por muchos madrileños, incluidos muchos carabancheleros, como un lugar “pobre, *cutre*”. La composición social de Carabanchel, aún acogiendo cierta heterogeneidad en su interior, es indicativa de su rol subordinado en la estructura socioeconómica de Madrid, pero esos atributos negativos (y sus resignificaciones positivas, que posteriormente mostraré), más que revelarse como fieles a la realidad, son generadores de la propia realidad, reproduciendo el orden social asimétrico que sitúa a Carabanchel en una posición devaluada a través de la transmisión de contenidos

semánticos que hablan del barrio como un espacio negativo y, por tanto, legitiman ésa asimetría. Uno de los atributos negativos que contribuye a generar ésa imagen devaluada de Carabanchel es el de su *peligrosidad* o su *inseguridad*. No ha sido mi intención desmentir o ratificar ésa visión de inseguridad (si bien se podría poner en cuestión en un análisis más profundo del manejo de las estadísticas policiales y de los discursos de los propios miembros de las fuerzas de seguridad, de los periodistas, los políticos profesionales...) ni medir el grado de temor sufrido por los habitantes de Carabanchel, sino que he tratado de suministrar contexto a la expresividad de dicho temor por parte de sus vecinos con el fin de comprender cómo surge y cómo circula el sentimiento de miedo en el ámbito urbano, o al menos el discurso referido al mismo.



Las puertas de algunas comunidades de vecinos cuentan con un adhesivo que recuerda la necesidad de establecer las fronteras entre el interior y el exterior.

Quiero aclarar, pues, que no he realizado un estudio sobre sentimientos, sino sobre su expresividad y sobre las representaciones sociales referidas al entorno próximo, el barrio. Sin embargo, los discursos vecinales que he analizado y que se referían, en algunos casos, al aumento de la inseguridad de sus calles pueden darnos pistas acerca de algunas emociones, como el miedo, que están detrás de sus palabras y sus gestos (a no ser que pensemos que mis informantes eran perfectos actores estrategas dispuestos a despistarme), y que pueden actuar, asimismo, como impulsores de los sentimientos de temor en el barrio al extenderse y mostrar su carácter performativo (de generación de realidad social). El miedo, por lo tanto, es un componente fundamental de los discursos sobre la inseguridad, pero no es su único elemento: trataré de dar cuenta de cómo los discursos sobre la inseguridad manejados por algunos habitantes de Carabanchel responden a su posición social y en el ciclo vital, y a las estrategias comunicativas puestas en juego para legitimarse socialmente en las luchas materiales y simbólicas que se establecen en su propio barrio y en el mundo social más amplio.

2. CARABANCHEL COMO LUGAR Y SU VIVENCIA

El espacio y su valor social constituyen un elemento muy relevante en la dotación de identidad de sus habitantes. El

espacio de la ciudad, si bien no es el único espacio urbano, es el espacio por excelencia de las tecnologías puestas en marcha por el Estado y otras agencias dominantes por medio de la *territorialidad*, es decir, las operaciones de inclusión y exclusión puestas en marcha por aquellos que detentan mayor poder a través de la soberanía, la propiedad, la disciplina, la vigilancia o la jurisdicción². Estas operaciones políticas de inclusión y exclusión podemos detectarlas en la construcción histórica de Carabanchel como un lugar socialmente *periférico* y atravesado por la *escasez*. Estos rasgos se manifiestan, en distintos acontecimientos históricos, a saber; en la anexión de los *Carabancheles* (Alto y Bajo) a la capital a mitad del S. XX, pasando a depender más aún de un *centro*; en su designación, en la misma época, como lugar que acogerá una gran cárcel; o en su configuración, durante décadas, como un barrio de viviendas para las clases más desfavorecidas y relativamente infradotado de recursos educativos, sanitarios, etc. Este tratamiento históricamente desventajoso de Carabanchel, por parte de los poderes públicos, ha contribuido fuertemente a generar una imagen devaluada en relación al conjunto de la ciudad, imagen reforzada por la visión transmitida por otras agencias, como los medios de comunicación (que centran su atención, principalmente, en los “sucesos” de Carabanchel) o los propios habitantes de la ciudad.

² Este presupuesto parte de la atención prestada por Foucault a la ciudad surgida a finales del S.XVIII: una ciudad que es objeto de mecanismos disciplinarios y de acciones regularizadoras (desde el recorte espacial que divide a la sociedad en barrios, en viviendas, en dormitorios..., a los mecanismos de transmisión de prácticas adecuadas de higiene, de educación infantil...) (Foucault, 2003).

Pero más allá del grado de eficacia de las tecnologías practicadas por las agencias de mayor poder en lo concerniente a la configuración de un espacio totalmente controlado y a un orden completamente disciplinado (eficacia puesta en duda por autores como Manuel Delgado, para quien lo urbano es precisamente el espacio de las posibilidades, de la inoperancia del control) (Delgado, 1999), podemos reflexionar el espacio urbano como un escenario privilegiado de las relaciones de poder en el que leer sus huellas. De ahí, la importancia que asigno al marco espacial como configurador de identidades: si la identidad está profundamente atravesada por las relaciones de poder y arraigada a un *lugar* es porque, precisamente, el contexto de interacción social (en este caso el Distrito de Carabanchel) es al mismo tiempo una consecuencia de esas relaciones de poder, y un escenario que transmite a sus agentes los códigos con los que se juegan, haciéndoles partícipes activos de esas mismas relaciones. El lugar es, por un lado, estructurado por las relaciones asimétricas de poder y dotado de una identidad dada en función de la posición social que ocupan sus habitantes, y, por otro, estructurador de esas mismas relaciones asimétricas de poder, en el sentido de que refuerza las posiciones de partida, o, también, propicia posibilidades para ser resignificado por los más dominados y contribuir, de este modo, a producir nuevas identidades más valorizadas y eficaces en la negociación.

El significado de Carabanchel no escapa, por lo tanto, de las relaciones de poder que operan en la ciudad de Madrid y en el mundo social global. Carabanchel, al igual que Vallecas, constituye, en sí mismo, un espacio relativamente diferenciado dentro de Madrid en el imaginario de la mayoría

de sus habitantes y en el de aquellos agentes que, ajenos al distrito, tienen contacto con el mismo. Mientras que la nominación de muchos distritos, barrios o simplemente zonas periféricas de Madrid, carece de potencia semántica a la hora de convocar asociaciones con ideas, “tipos” de personas o imágenes, el de Carabanchel es un nombre que remite rápidamente a varios significados. El primero de los aspectos que quiero destacar que contribuye a definir Carabanchel, de manera más o menos general, es su *carácter periférico* con respecto al centro de la ciudad. Este carácter periférico es tanto más vivenciado cuanto más se valora, en función del propio capital económico, cultural o social (siguiendo el marco teórico propuesto por Bourdieu), aquello que contienen las zonas céntricas de la ciudad (oferta comercial y cultural, acogimiento de personas socialmente valoradas...). Esta estructura radiocéntrica que sitúa a Carabanchel en una posición periférica se conformó según creció la ciudad a lo largo del proceso de industrialización y constituyó una jerarquía socio-espacial por la cual aumentaba la desvalorización de los barrios y sus habitantes a medida que se alejaba su posición geográfica del centro. Como se puede apreciar, ya no me estoy refiriendo a una *perifericidad* geográfica, sino social. El centro de la ciudad constituye el referente económico y cultural de la periferia, pero los habitantes de Carabanchel no se sienten periféricos únicamente con respecto a este centro, sino con respecto a la noción de centro (a los centros, que son los lugares donde habita el poder, y que operan a nivel planetario, no sólo local).

La noción de *perifericidad* remite, además, a la de *escasez*. La escasez de recursos materiales, públicos y privados, de

Carabanchel con respecto a otras zonas, está presente en la conciencia de buena parte de sus habitantes. La acumulación de recursos públicos no deseados (cárceles, cementerios y barrios de realojo de población en situación de exclusión, como Pan Bendito), así como la infradotación a nivel educativo, sanitario, de servicios sociales, etc., opera en la conciencia de los carabancheleros a modo de *barrio escaso*.

Sin embargo, el significado de Carabanchel como *periférico* y *escaso* es adaptado por sus habitantes a su realidad práctica y resignificado para dar como fruto otras nociones de su *lugar*. La primera estrategia de resignificación del propio espacio a la que voy a aludir es la de la representación de Carabanchel como un barrio *obrero*, la cual ayuda a conceptualizarlo precisamente como *lugar* (en el sentido que asigna al término Marc Augé de espacio de experiencia social, con historia, con identidad). El *lugar obrero* que es Carabanchel alude a la autenticidad, a la pervivencia de relaciones comunitarias, a la solidaridad vecinal. En definitiva, lo que se trata de poner de relieve, cuando se habla de barrio obrero, es su posición liminal entre lo rural y lo urbano, atendiendo a las nociones negativas que históricamente ha recibido la ciudad como territorio de la alienación, el individualismo y la deshumanización. La permanencia de vínculos comunitarios en su interior haría notar, precisamente, la persistencia de espacios no corrompidos. *Obrero*, más allá del debate acerca de la composición de las clases sociales, es, en definitiva, una noción *positivizada* de *periférico* y *escaso*, ya que dignifica y revaloriza a sus habitantes. Como se ha explicado, esta es una forma de resignificar un entorno relativamente excluido

(de los *centros* y de los beneficios económicos) por parte de, incluso, agentes que se consideran de *clase media*. La autoadscripción a la clase media de manera individual y la pertenencia simultánea a un barrio obrero, cobra sentido si atendemos a las estrategias que emplean los individuos para hacer gala de sus capitales: ser de clase media en un medio obrero informa de la permanencia de los valores positivos transmitidos por el entorno (humildad, dignidad, autenticidad) en una carrera ascendente de su poder social o *empoderamiento*³ individual (a pesar de lo poco propicio del entorno), que comunica el mérito propio en la consecución

³ Entendiendo el poder como la posibilidad de actuar con mayor autonomía (que no independencia) y de influir en el ambiente, siempre en términos relativos (en relación a otros agentes), el *empoderamiento*, o el aumento del poder social, no es sino un fragmento temporal definido por un proceso de progresiva capacidad de maniobra sobre la propia vida en el contexto próximo que rodea a la persona, y siempre dentro de las constricciones del marco social. Precisamente, como estamos ante trayectorias relativas, dentro de la categoría "poder social ascendente" podemos encontrar a personas pertenecientes a distintos grupos sociales (en función de su posición de clase, por ejemplo); es decir, sobre lo que voy a prestar atención es sobre la dimensión temporal y relativa del propio poder, sobre la trayectoria de poder y no sobre el poder como producto acabado. Enfocado de este modo, podemos encontrar a personas que, con un amplio poder social por su posición de clase, se encuentren en un proceso de desempoderamiento, o a otras que, perteneciendo a grupos relativamente desfavorecidos en la estructura social, estén *empoderándose*. Me he apoyado en las nociones desarrolladas por Pierre Bourdieu acerca de los distintos tipos de capitales de los que puede disponer un grupo y sus miembros, esto es, el económico, el cultural, el físico y el social, fundamentalmente. La posesión de estos capitales tiene como resultado el incremento de una suerte de capital global que aúna a todos los demás, el capital simbólico (Bourdieu, 1997).

de los capitales de los que ahora se gozan (económico, cultural, social).



Manifestación vecinal en las calles de Carabanchel para reivindicar la supervivencia de un parque cuyo espacio iba a ser atravesado por una carretera, según los planes del Ayuntamiento de Madrid. La de estos manifestantes se corresponde con la estrategia de resignificación del propio espacio devaluado mediante la reivindicación del espacio público y el carácter obrero del barrio.

Pero esta no es la única estrategia de resignificación del entorno. Entre los informantes jóvenes, con un relativo capital académico, he podido apreciar algunas alternativas. La primera de ellas es "salirse del foco" de exclusión que

alumbró a Carabanchel respondiendo a la pregunta “¿Cuál es tu barrio?”, que se pertenece a otro lugar cercano, aunque socialmente más valorado, como Aluche. En una posición intermedia entre la primera estrategia, que revaloriza el propio barrio, y la segunda, que consiste en desidentificarse con Carabanchel para no ser considerado *periférico* y escaso, se sitúan aquellas narraciones que consideran la evolución de Carabanchel como positiva. Si la primera estrategia se podía resumir en la orgullosa aseveración “¡Somos pobres, y qué!”, la segunda en “No soy pobre, no soy de Carabanchel”, ésta tercera estrategia puede corresponderse con la frase “Somos pobres, pero ya no tanto”. Según esta tercera visión, el “desarrollo” de Carabanchel y su inserción en el mundo global (síntoma de lo cual serían los espectáculos musicales y deportivos en la Plaza de Vista Alegre y la existencia de un centro comercial en su interior) contrastaría con esa visión paupérrima del barrio (simbolizada por la cárcel, los cementerios, la población gitana o el barrio de Pan Bendito). La valoración del entorno como positivo puede corresponderse, si las conclusiones que he ido apuntando son válidas, con posiciones vitales de progresivo *empoderamiento* (ascenso en la capacidad de influencia sobre la propia existencia y el entorno en función de la obtención de porciones relativas de capital en los distintos mercados materiales y simbólicos). Estos jóvenes, cuyas expectativas de ascenso social han sido alimentadas en un proceso de acumulación de capital cultural y académico, principalmente, viven el futuro como una promesa, situando en un pasado cada vez más remoto aquellos elementos que poco se parecen a sus expectativas (la *perifericidad* y la *escasez*), mientras que buena parte de la población mayor, en razón del deterioro de sus

condiciones de existencia y de su pérdida efectiva de poder social, viven el tiempo presente como decadente en relación a un pasado glorioso (que coincidió con el auge de su poder social). Veremos cómo estos dos extremos de un continuo de posiciones, en función no de la pertenencia de clase, de género, etc., sino de su edad social, guardan relación con la consideración de Carabanchel como un lugar seguro o inseguro.

Sin embargo, quiero señalar que la eficacia de estas estrategias, basadas en la resignificación del propio espacio, es limitada. Tienen sentido en las relaciones internas entre carabancheleros, pero apenas llegan a transformar la visión devaluada de Carabanchel. Este es un distrito (un barrio, o sea, *un lugar*, para sus habitantes) *opinado* (por los medios de comunicación o por personas que gozan de mayor legitimidad social), más que emisor de opiniones. No obstante, el “sometimiento” no es absoluto y la producción de realidad de los carabancheleros y carabancheleras es real para sus propias experiencias.

Este breve paseo por la identidad de Carabanchel no ha sido sino el pretexto para adentrarse en las condiciones sociales que dan lugar a la extensión de los sentimientos de inseguridad en algunos de sus habitantes.

3. INSEGURIDADES VITALES EN UN MUNDO HIPERCOMPETITIVO: LAS TRAYECTORIAS DE PODER SOCIAL EN EL CONTEXTO SOCIAL Y BIOGRÁFICO

Dadas sus condiciones de relativo empobrecimiento en el sistema urbano, Carabanchel es, si acaso, más propicio que otros lugares para la proliferación de los sentimientos de inseguridad. Parto de la hipótesis de que no existe una correspondencia entre los índices delictivos de una zona y las sensaciones de inseguridad: precisamente, espacios con escaso riesgo de victimización, como determinadas urbanizaciones habitadas por personas pertenecientes a grupos sociales dominantes, albergan en su interior sentimientos de temor y desconfianza hacia el entorno en mayor medida que otros barrios más “conflictivos”. Más que por el riesgo de victimización, entonces, Carabanchel es más propicio para la inseguridad debido a la circulación de discursos sobre el barrio referidos a sus “sucesos” (una forma de significar su *escasez* y su *perifericidad*). Pero más allá de la “oportunidad” de Carabanchel como lugar escogido, no casualmente, en el imaginario madrileño para asociarlo con la inseguridad, las condiciones sociales de generación de inseguridad personal, dentro y fuera de Carabanchel, se encuentran en el proceso de retirada de las certidumbres y los vínculos que durante la premodernidad y la modernidad proporcionaron anclajes de experiencia. La precariedad y la movilidad laboral y residencial, la reestructuración de las relaciones afectivas y familiares y el retroceso de algunos sistemas de protección estatal, ha generado un aumento de la vulnerabilidad social que ha incidido de manera especial en los colectivos más empobrecidos. Las inseguridades surgidas a tenor de este

proceso tienen consecuencias en la percepción del entorno cotidiano: la confianza en el mismo se pierde, probablemente, en la medida en que se sufre un *desempoderamiento*.

El de las personas mayores es un colectivo que participa de una manera bastante generalizada de la creencia y del discurso del aumento de la inseguridad, lo cual puede constituir una pista acerca de la naturaleza de la inseguridad. Las personas mayores no lo son únicamente en razón de su edad, o mejor dicho, lo son en función de su edad relativa y del significado social de las distintas etapas vitales. Se trata de un periodo de la biografía que está fuertemente condicionado, en una sociedad cambiante y que valora la movilidad, por las pérdidas de aquello que fue el grueso de su identidad: pérdida de la actividad laboral, pérdida de condiciones físicas, pérdida de seres queridos, pérdida de los roles parentales y de otros relacionados con posiciones relativas de poder (como el de ser encargado en una empresa), pérdida de los vecinos y de aquello con lo que se estaba familiarizado en el entorno (pequeños comercios tradicionales...). Y todas estas pérdidas, además, van acompañadas del deterioro del rol tradicional del mayor, que en tiempos pasados contaba con un peso simbólico especial y que era centro de cohesión de los grupos, y del aumento del valor de la juventud en una sociedad de consumo altamente competitiva. La generación de personas comprendida en la actualidad entre los 70 y los 90 años de edad y pertenecientes a las clases subalternas, posee de manera más o menos general, además, unos patrones culturales condicionados por la vivencia de enormes dificultades materiales, la Guerra Civil Española y su

posguerra, regímenes políticos y económicos totalitarios, la emigración a la ciudad, la fuerte presencia de los valores promovidos por la Iglesia católica y la extensión simultánea de los valores de la modernidad, como el del progreso y la creencia en un futuro idealizado. La combinación de estos y otros factores, dio lugar al surgimiento relativamente generalizado, de una ideología del sacrificio basada en la conformidad con el trabajo duro, y en la búsqueda del ascenso social por vía de la inversión en los hijos, representantes de ese futuro idealizado. Es por ello por lo que la merma de los roles considerados socialmente útiles entre la población obrera de barrios como el de Carabanchel, distintos en función de la pertenencia de género (bien el de trabajador y padre de familia en el caso de los hombres, bien el de madre y esposa en el de las mujeres), supone, para muchas personas mayores, una fuerte crisis de identidad y la vivencia de una sensación de decadencia (solamente atenuada por la autoatribución de la responsabilidad en el éxito de las carreras laborales de los hijos, que encarnan el buen resultado de las inversiones que hicieron los padres en su futuro). La edad de oro, el tiempo positivo, se imaginó en el futuro, por eso se producía un sacrificio en aquel presente. Hoy, muchas de estas personas anhelan aquellos tiempos que vivieron como duros y que, precisamente por eso, contribuyeron a generar redes de solidaridad vecinal que conformaron una identidad social estable y, en consecuencia, una seguridad personal afianzada en anclajes de experiencia, rutinas y apoyos sociales informales. El barrio que construyeron estas personas entre las décadas de los 50 y los 70 en un contexto de escasez, va cambiando a tenor de las dinámicas en el consumo y de la llegada de nueva población joven e inmigrante (como ellos lo fueron),

esta vez procedente de otros países, que es vivida como un poder emergente al hacer uso de bienes de consumo colectivo (centros de servicios sociales, centros de salud, etc.) y al visibilizarse en el espacio público (en calles, parques, comercios).

La frustración de expectativas sociales en la sociedad de consumo a la que me he referido, genera espacios vacíos que se tratan de rellenar, muy generalizadamente, con la obtención de bienes y relaciones materiales y simbólicas. Tratando de completarse a través de bienes (vivienda en propiedad) y de relaciones (paternidad), se comunica, además, la posición en el mundo, esperando un reconocimiento social por ello. Es así como una vez alcanzadas determinadas situaciones socialmente valoradas (propiedad, paternidad...), se persigue su mantenimiento en el tiempo. Esas situaciones socialmente valoradas constituyen núcleos de identidad de los que los individuos pueden ser, o no, conscientes, pero que establecen metas mientras no se poseen, y capitales a mantener cuando ya se han alcanzado. Este es uno de los principales factores del surgimiento de representaciones del entorno como inseguro: la necesidad social de conservar los logros sociales. No sólo las personas mayores (que no todas) se sienten, pues, en situaciones de estancamiento o de descenso de su poder social. Existen multitud de individuos que sufren ése *desempoderamiento* en su subjetividad (aunque conectado con la objetividad del mundo social) en la medida en que valoran su momento actual como no ascendente: las mayores metas vitales, construidas en función de sus propios valores, se han alcanzado en el pasado y la energía social se centra, ahora, en mantener esos logros. Este es el caso de

algunas personas que he entrevistado en el trabajo de campo que, con una edad cercana a los 30 años, y si es válida mi interpretación, consideraban que los mayores logros biográficos en función de sus propias aspiraciones (estabilidad laboral, paternidad y maternidad, vivienda en propiedad...) ya habían sido conseguidos. A partir de este momento, conservar y proteger lo alcanzado se convertía en el objetivo de buena parte de sus acciones, viviendo el entorno próximo como amenazante. Sobra aclarar que estas posiciones de cese del ascenso del poder social y de *desempoderamiento* no son fijas en el tiempo y se pueden tornar en la trayectoria biográfica en posiciones de ascenso del poder social: en función de distintos cambios (como rupturas laborales o de vínculos de pareja), pueden experimentarse variaciones en los propios valores y en las aspiraciones vitales, lo cual puede hacer aparecer nuevas ilusiones y proyecciones hacia el futuro, cobrando la trayectoria una forma ascendente.

Una de las razones por las cuales hace acto de aparición la inseguridad en aquellas personas que ya han superado su etapa de empoderamiento, es la pérdida forzada, o voluntaria, de experiencia social. El temor ante los conflictos y ante la complejidad que acarrea la interacción social (el encuentro con los *otros* siempre es conflictivo en la medida en que obliga a replantearse el *nosotros*) tiene como consecuencia, precisamente, un aumento del mal que se trata de evitar. El temor asociado a lo desconocido aumenta cuando se empobrece la experiencia social, algo que puede estar ocurriendo, aunque de forma limitada, en los barrios de nueva construcción en Carabanchel. Tal y como han documentado autores como Mike Davis o Setha Low en los

Estados Unidos, o Teresa Caldeira en Sao Paulo, la proliferación de modelos urbanísticos caracterizados por conformar espacios segregados y prácticamente militarizados, responde, además de a los intereses económicos de los constructores, al deseo de diferenciación con respecto a las clases populares y de búsqueda de la homogeneidad social por parte de muchos miembros de las clases altas y medias. La persecución de la homogeneidad social en las elecciones residenciales también es la lógica dominante en los nuevos barrios de Carabanchel, caracterizados por presentar una estructura de manzana cerrada o semicerrada y medidas de seguridad muy visibles (alarmas y carteles que anuncian su presencia, cámaras de vídeo, vayas elevadas, porteros reconvertidos a guardias de seguridad, etc.).



Aspecto exterior de una de las nuevas comunidades de vecinos de Carabanchel. Las vallas, las alarmas, las cámaras y los símbolos que anuncian su presencia al presunto violador del espacio privado, destacan también como símbolos de distinción. La utilización, además, de los colores de la bandera nacional española, repleta de significados ideológicos, por parte de algunas empresas privadas de seguridad, persigue la asociación con las fuerzas policiales y militares estatales e informa de una supuesta oposición entre el interior (español) y el exterior amenazante (extranjero).

Sin embargo, el efecto de la proliferación de estos espacios de control no es la segregación total: el encuentro entre diferentes, y más en barrios como Carabanchel, es inevitable y depara la construcción de nuevos significados negociados en las interacciones. El recelo mixofóbico inicial expresado por muchos informantes (que no desean vivir cerca de personas inmigrantes, por ejemplo) se transforma, tras la inevitable interacción, en discursos y prácticas más ambivalentes. Este es el caso de muchas personas mayores que, tras convivir en ciertos espacios y tiempos con personas extranjeras (como sus auxiliares de ayuda a domicilio), comienzan a emitir visiones más positivas de la inmigración.

Pero para continuar con las condiciones sociales de producción, de circulación y de consumo de las representaciones del entorno como inseguro, conviene hacer referencia al marco espacio-temporal imaginario dónde tiene lugar la percepción de inseguridad. La citada pérdida de experiencia tiene, entre otras consecuencias, la propiedad de situar el peligro “fuera, pero acercándose”. La inseguridad es, paradójicamente, externa e interna: ésta fuera, en otro lugar,

pero ese otro lugar no es lejano, y el propio territorio es susceptible de ser alcanzado por el elemento peligroso. La ausencia de experiencia directa (descrita anteriormente) favorece la fantasía (se anticipa una acción negativa que ha ocurrido ya en otro sitio) a través de la identificación social con las víctimas de los sucesos que es vehiculada por los relatos de los mismos. El peligro es algo que, como la inmigración, está por llegar del todo. A través de la intertextualidad de los discursos, intensificada por los medios de comunicación, se tiene conocimiento de lo acontecido en otros sitios que casi nunca son el propio. Precisamente esa es la potencia de la amenaza, su *exterioridad*: se sitúa en un lugar cercano (geográfica o socialmente) y en un tiempo futuro (pero próximo). El peligro “no está aquí todavía”, ya que si lo estuviera, su presencia haría insoportable la propia existencia y sería incompatible con la vivencia del entorno como propio (que al fin y al cabo está cargado de significados positivos que sirven para arraigar a las personas a sus lugares). La mayor parte de los informantes, cuando les pedía que me hablasen de algún suceso relacionado con la inseguridad en el barrio, se referían a zonas o calles que en cierto modo les resultaban ajenas (aunque no del todo). En una entrevista, dos informantes dirimían cuál de las dos calles en las que residían, si la propia o la de la otra, era más peligrosa: cada una señalaba que la más susceptible de ser temida era la de la otra. Con esto, trato de transmitir que el miedo no se corresponde con el propio barrio, la propia calle, pero está asociado con zonas muy cercanas y con otras personas con las que se siente afinidad en razón de sus propiedades sociales (clase, género, etnia, nacionalidad, edad...).

Esta dimensión espacio-temporal del análisis nos resulta útil para interpretar la simbología que opera alrededor de la población inmigrante, identificada en muchos discursos con un aumento de la inseguridad en las ciudades españolas y europeas. Los inmigrantes son seres que “están llegando”, todavía no forman parte del nosotros en cuanto que todavía no han llegado todos y no han llegado del todo (están en el camino). Al no haber finalizado su camino (la supuesta integración vía asimilación), son seres liminares, fronterizos, con una enorme carga de incertidumbre, una posible causa de cortocircuito social⁴. Esto ayuda a comprender por qué las representaciones que hacen los medios de la muerte de inmigrantes intentando llegar a territorio español en aguas atlánticas no encuentran una reacción tan sensible como otros acontecimientos en los que existen menos pérdidas humanas (como un delito de sangre en una ciudad): las “oleadas” de inmigrantes que “vienen” son mermadas en el camino, gracias a lo cual no se acaba de producir “el asalto final” a la fortaleza (europea). Pero la amenaza persiste.

Sin embargo, en coherencia con la detección de heterogeneidad social y discursiva que he perseguido en la investigación, se pueden reconocer otras representaciones de la peligrosidad que la sitúan también “fuera, pero alejándose”. Se trata de una dimensión temporal, más que espacial, que aleja lo peligroso del propio presente. Esta visión parece tener correspondencia con posiciones sociales de progresivo *empoderamiento*, como las de los jóvenes

⁴ Manuel Delgado se refiere a esta metáfora empleada por George Simmel en su digresión sobre el extranjero (Simmel, G., 1977 (1927): *Disgresiones sobre el extranjero*, en Sociología 2, Revista de Occidente, citado en Delgado, 2003).

universitarios que se identifican con su espacio-tiempo presente. Los “malos tiempos” se sitúan en un pasado que no va a volver (por ello están ilusionados): el “desarrollo” del barrio (algo a lo que he aludido más arriba como estrategia de resignificación del propio espacio devaluado), paralelo a su “desarrollo” personal, hace que los relatos sobre hechos inseguros (historias sobre *macarras*, *yonquis* y atracos) se refieran al pasado. En este caso, el peligro es visualizado como “fuera, pero alejándose”, al contrario que aquellas otras personas que viven su existencia como un declive de su poder social y ven señales amenazantes en el entorno, situando el peligro todavía “fuera, pero acercándose”.

Una de las mayores contribuciones a la generación de esta creencia de la exterioridad del peligro la realizan los medios de comunicación y el poder de convocatoria que tienen. La legitimidad social de los medios contribuye a dar valor a su información. A medida que se produce mayor distancia entre el conocimiento y la experiencia directa, se deposita mayor confianza sobre la fuente (el sistema experto, en términos de Giddens)⁵. La intertextualidad genera una circulación múltiple que provoca que cuando el mismo mensaje llega por distintas fuentes (fuentes secundarias, como los medios de comunicación, los vecinos, los familiares, es decir, referentes de visión y de división) adquiere mayor legitimidad: es más fácil, a nivel cognitivo, cuestionar una sola fuente que varias. Pero la legitimidad del mensaje no viene dada simplemente por su repetición, sino por la legitimidad de las fuentes. La

⁵ La superabundancia espacial de la que participamos a través de los medios de transporte y de comunicación (que nos ponen en contacto con otros espacios), se acompaña del poder de la imagen, seleccionada, manipulada, para influir sobre nuestra percepción (Augé, 2004).

teoría de la transmisión de la información y la opinión en dos tiempos, formulada en el campo de la psicología social por Elihu Katz, postulaba la complejidad del circuito de la información. Ésta no llegaba, según el autor, a todo el público de la misma manera, ni el público, en forma de individuos aislados, era un mero receptor de la misma, sino que existía un filtro intermedio compuesto por los líderes de opinión situacionales (en función de las cualidades atribuidas según el tema del cual se tratase) que hacían de correa de transmisión entre los medios de comunicación y el resto del público. Las referencias a los medios de comunicación, principalmente la televisión, y a otras personas cercanas, eran habituales a la hora de abordar el tema de la inseguridad (incluso en conversaciones producidas en un contexto no etnográfico, como las que se producían en mi despacho en un centro de servicios sociales del distrito, en las que no buscaba abiertamente que me hablasen de su vivencia de la inseguridad). Una mujer que me transmitió que no quería que su hija fuese al instituto el curso siguiente “por lo poco preparada que está ante los peligros” que acechan en los institutos (“drogas”, acoso escolar, “litronas”...), manifestó que tenía conocimiento de todos estos hechos porque “lo dice todo el mundo, lo dice la televisión”, “en la puerta del instituto te lo cuentan los padres...”. Como se puede apreciar, se cruzan las informaciones de la interacción cotidiana con las de los medios, especialmente la televisión, viniendo a reforzarse mutuamente la credibilidad de ambas fuentes ante la apariencia de información fruto de la experiencia (la de la calle, los vecinos...) y aquella procedente de los expertos (medios).

Pero el poder de los medios no es absoluto y la información que proporcionan no es recibida y reproducida, sin más, por los distintos agentes que pueblan barrios como el de Carabanchel (por más populares que sean). Precisamente, el mensaje de los medios se imbrica, no sólo con el de otros referentes de visión y división cercanos espacial y socialmente, sino también con la propia experiencia personal y con las propias posiciones sociales e ideológicas de los receptores. Estos receptores no lo son tanto, en la medida en que buscan sus propias fuentes (unos medios u otros, un tipo de noticias u otras) y las reinterpretan en función de sus significados previos. Estamos, pues, más que ante una manipulación por parte de los medios de comunicación dirigida a difundir el sentimiento de inseguridad para legitimar el poder de “el poder”, ante un uso, por parte de los distintos actores sociales, de esos discursos sobre la peligrosidad para legitimar las propias posiciones sociales ante la “amenaza” que supone la llegada de nuevos actores con los que se tiene que competir por unos recursos escasos.

Estos nuevos actores son, como no, los nuevos inmigrantes en Carabanchel. Estos inmigrantes procedentes de países más empobrecidos, representan las nuevas versiones de *perifericidad* y *escasez*. Ante el crecimiento relativo del estatus de la población nacional, con la existencia de un nuevo referente negativo con el que compararse, ésta población (tanto de los sectores sociales medios como de las clases populares) persigue la diferenciación y la legitimación de sus posiciones de relativo poder. El poder emergente de las personas inmigrantes que, en la medida en que estabilizan sus proyectos migratorios, se suman a las prácticas de consumo de la población autóctona, es

vivenciado, en muchos casos, como una amenaza a la propia posición. De ahí que los discursos sobre “el exceso de libertades”, “el incremento de la delincuencia de mano de los inmigrantes”, o “lo insuficiente de las medidas penales”, así como las noticias referidas a sucesos violentos, encuentren un caldo de cultivo favorable para su proliferación. Debido a la sensación de caos social generada por determinados síntomas de democratización (en lo referente a la igualdad y a la libertad), la inseguridad ciudadana ha sido adoptada, al igual que en el resto de Occidente, como una temática preferente en los discursos periodísticos y de la política profesional. El problema social de la inseguridad ciudadana, tal y como se ha ido construyendo en los últimos años, deriva directamente en el establecimiento de medidas de prevención, control y actuación por parte de los organismos públicos competentes de orden preferentemente policial. Sin embargo, la inseguridad no solamente ha penetrado con fuerza en las agendas políticas y periodísticas, también lo ha hecho en los discursos y las sensibilidades de muchos ciudadanos. Una informante, formulaba la necesidad de seguridad en forma de demanda, es decir, situándose en una posición de ciudadana que, además de responsabilidades, se siente legitimada para reclamar derechos. El derecho a la seguridad es reclamado en cada vez más ocasiones al señalarse la inseguridad como un problema social prioritario en multitud de discursos que circulan en el barrio y en los medios.

El manejo de la inmigración como válvula de escape de los diversos problemas nacionales y locales ha encontrado su mejor argumento en la asociación que se ha hecho de este fenómeno con la inseguridad. A modo de *oportunidad*, la

inmigración ha conseguido canalizar buena parte de las energías críticas que se generan en las sociedades asimétricas occidentales. Lo que podría constituir un filón de crítica a las relaciones de desigualdad en la economía capitalista (tal y como ocurría en los momentos históricos de emergencia de movimientos obreros), se ha ido desplazando en los últimos años hacia posiciones más conservadoras de mantenimiento de la propia posición social y de desviación del objeto de la crítica desde el poder económico y político a las clases más desfavorecidas, ocupadas en buena parte por población inmigrante⁶. El inmigrante vendría a simbolizar la amenaza (el bárbaro: “vienen y nos matan”) que está cerca (se empieza a notar), pero que llegará del todo (“oleadas de pateras y cayucos”). Su presencia es amenazante porque así puede ser devaluada moralmente, y esta devaluación moral consigue *inferiorizarle* socialmente para legitimar la asimetría preexistente, aunque a veces surgen relatos compasivos cuando son considerados víctimas (de explotación laboral, de represión policial...). Sólo en ocasiones minoritarias, la persona procedente de un país extranjero empobrecido es considerada como un sujeto más que como un objeto de desconfianza o de compasión.

⁶ Zygmunt Bauman lleva a cabo en su obra “Trabajo, consumismo y nuevos pobres” un excelente repaso al nuevo modelo de capitalismo, caracterizado más por el imperio de la estética consumista que por la ética productivista de las primeras etapas del sistema económico. Es en ese contexto descrito por el autor en el que se despliega una hostilidad hacia los más excluidos: desprovistos del capital simbólico del que les dotaba la posesión de la fuerza de trabajo, los nuevos pobres, entre ellos muchos inmigrantes, son personas más devaluadas en la sociedad de consumo (Bauman, 2003).

Esto se da en un contexto social que, como se ha repetido, no es fijo, sino que está sujeto a resignificaciones y reterritorializaciones (tanto por parte de los que estaban, como por parte de los últimos en llegar). Si bien, se puede concluir que existe un progresivo vaciamiento de experiencia social en las calles provocado por las nuevas estructuras urbanas, los nuevos hábitos de ocio o por la pérdida de los referentes “de siempre”, las calles vuelven a rellenarse con nuevas relaciones que impiden ese vaciamiento total y la completa domesticación o mercantilización del ocio. En ese nuevo marco social, surgen nuevos discursos entre la población autóctona que encuadran a las personas inmigrantes en posiciones de sujetos (y no ya de meros objetos de rechazo o de compasión). El espacio público, como marco para el desarrollo del capital social, es objeto de competición (como en el caso de la definición de los usos de los parques, distinta para personas mayores que para adolescentes) y de cooperación (como en el caso de las manifestaciones que tuvieron lugar durante el periodo etnográfico para salvar un parque de la tala masiva y de la construcción de una carretera). Tanto el conflicto como la cooperación en ese marco público, están indicando la elevada valoración que todavía tienen las calles, las plazas y los parques, a pesar de la devaluación en que se ven comprometidas con los discursos sobre la inseguridad, o de las nuevas ofertas de ocio y consumo que desplazan la *presencia* a ámbitos privados o privatizados. Los parques, las plazas y las calles, siguen siendo objeto de una consideración positiva por buena parte de la población de Carabanchel, a pesar del crecimiento de la *exclusividad* excluyente que se observa en las nuevas construcciones en forma de manzanas cerradas (precisamente en aras de la

homogeneidad social perseguida a la que me he referido anteriormente). Es precisamente esta sociabilidad la que corre el peligro de homogeneizarse socialmente más, en la medida en que los sectores sociales intermedios de Carabanchel se incorporan al modelo espacial segregador. De la misma forma que la búsqueda de escuela para los hijos está cada vez más condicionada por criterios de diferenciación social por razones de clase, la elección de vivienda y la oferta de la misma siguen criterios de separación progresivamente más dura entre la intimidad y la vida pública. La construcción de nuevas viviendas en el distrito (principalmente en el PAU de Carabanchel), y la reforma de las ya existentes, están fuertemente connotadas por la exclusividad de su uso. La negociación de la que es objeto el espacio sobre el cual no existe una normativa que indique exclusividad (espacios públicos) está dando paso a la emergencia de espacios de *exclusividad positiva* para los poseedores y exclusión para el resto (García, 1976), lo cual no viene sino a reproducir de manera geográficamente visible las diferencias en el campo social de Carabanchel. La homogeneidad social de las interacciones refuerza ostensiblemente las desconfianzas interpersonales e intergrupales. Pero aún así, la interacción y la convivencia son inevitables en un barrio como Carabanchel.

Ésa homogeneidad social basada en categorizaciones sociales por afinidad, si acaso ayuda a situar, en función de la constelación de identidades de las que participan los individuos, a los *verdugos* (o personas amenazantes). Estas categorizaciones que construyen a los “seres peligrosos” se pueden realizar en función de la clase, del género, de la edad social, de la etnia..., cualidades que se cruzan, en sus

versiones más devaluadas, en algunos de los grupos más estigmatizados y excluidos (con la salvedad del género): jóvenes, inmigrantes, gitanos, toxicómanos. El concepto normativo de “inseguridad ciudadana” manejado en los campos de la justicia, el periodismo y la política profesional no se corresponde con el concepto de inseguridad utilizado por los vecinos de un barrio como Carabanchel. Más bien, las ideas de “inseguridad ciudadana” legitiman la desconfianza hacia determinados grupos sociales y sus conductas, a pesar de que estas no sean ilegales (o sea, estrictamente de “inseguridad ciudadana”). De este modo, entran en el campo de la inseguridad algunas acciones y acontecimientos no codificados legalmente y, por el contrario, algunas acciones que son consideradas como inherentes a la inseguridad ciudadana por el discurso dominante, no son interpretadas como tales por los distintos agentes de un área de la ciudad. La evaluación de una situación como temible se realiza en relación a las personas implicadas, más que en relación a los hechos o las acciones. Así, he podido comprobar cómo la simple reunión de jóvenes de origen extranjero en un parque era evaluada como amenazante o cómo algunos delitos de sangre entre españoles eran evaluados como disputas o riñas, pero no como manifestaciones de la inseguridad (temibles).

Pero el temor no es un patrimonio exclusivo de la población autóctona o de aquellos que se encuentran en posiciones de relativo poder. También las personas en posiciones de relativa exclusión sienten y expresan miedo. Tal y como he podido apreciar en el análisis del material etnográfico, el mapa de riesgos efectuado por los colectivos más estigmatizados se compone de, además del temor a esos

propios grupos devaluados de los que forman parte, el miedo a las fuerzas de seguridad. El poder de la policía cuando la propia situación de legitimidad en nuestra sociedad se pone en duda, sumado al poder efectivo que tienen las fuerzas de seguridad en lo concerniente a las situaciones administrativas (permisos de residencia) y a las manifestaciones racistas y violentas de algunos de sus miembros, hacen de la policía un verdugo para muchas personas de origen extranjero. El mismo verdugo aparece en los discursos de los jóvenes militantes de grupos de izquierda. Más compleja ha resultado la construcción de un mapa de riesgos en función del género, pero parece que el capital físico socialmente atribuido a las mujeres parece ser lo que está en juego frente a la amenaza de otro tipo de capital físico, en forma de fuerza corporal, puesto en juego por algunos hombres. En definitiva, lo que trato de expresar es que existen diferentes formas de *verdugos* en función de los agentes que les atribuyan ese rol y de los capitales que están en juego en las luchas de poder que se producen en un espacio social como Carabanchel.

4. CONCLUSIONES

Lo que he tratado de transmitir, apoyándome en el análisis del material producido en el trabajo de campo, es que no existe una relación causal clara entre el aumento de la delincuencia y los sentimientos de inseguridad. En primer lugar, porque cada colectivo y cada individuo participa de nociones distintas de inseguridad relacionadas con su constelación de relaciones, identidades y valores, más que con la legalidad, y en segundo lugar porque es necesario el

análisis del contexto social y personal en que se produce la emisión de los discursos referidos a la peligrosidad del ambiente próximo. Sin haber entrado en el contexto de producción de los relatos periodísticos y de la política profesional relativos a la inseguridad (ni en las estrategias políticas puestas en juego para centrar la atención pública en estos temas), he tratado de reflexionar sobre el marco de recepción, circulación y reproducción de dichos relatos, considerando a las personas que forman parte de Carabanchel como agentes creadores y no como meros seres manipulados y sometidos a los discursos dominantes. Hay relaciones de poder, política menor, en cada discurso, y el de la inseguridad nos brinda un buen campo de estudio.

Para finalizar, quiero recordar la importancia que he atribuido a la trayectoria de la posición social según el momento en el ciclo vital. La intensidad de la representación de Carabanchel como un lugar inseguro parece aumentar, si mis conclusiones son válidas, en la medida en que la persona emisora del discurso se encuentra en un proceso de declive de su propio poder social, mientras que el *empoderamiento* vivido por algunos actores parece ligarse con representaciones más confiadas del entorno. Este análisis tan ligado al individuo, a las biografías, a las subjetividades, ha pretendido ser una aproximación a las representaciones que los carabancheleros hacen de sus propios barrios, poniendo de relieve la indisociable ligazón entre el contexto social y las vivencias, las emociones y las visiones de los individuos.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, M. 2004 (1992) *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- BAUMAN, Z. 2003a (1998) *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa
- BAUMAN, Z. 2005 (2003) *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: FCE.
- BOURDIEU, P. 1997 (1994) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- CALDEIRA, T. 2000 *City of walls. Crime, Segregation, and Citizenship in Sao Paulo*. Berkeley: University of California Press.
- DAVIS, M. 1992 (1990) *City of Quartz. Excavating the future in Los Angeles*. New York: Vintage
- DELGADO, M. 1999 *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- DELGADO, M. 2003 “¿Quién puede ser “inmigrante” en la ciudad?”, en Delgado, M., Martucelli, D. y otros, 2003: *Exclusión social y diversidad cultural*. Donosita, Gakoa, 9-24.
- FOUCAULT, M. 1999 *Estrategias de poder*. Buenos Aires: Paidós.

FOUCAULT, M. 2002 (1975) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

FOUCAULT, M. 2003 (1976) *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Akal.

GRAVANO, A. 2003 Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana. Buenos Aires: Espacio

KATZ, E. 1957 "The Two-Step Flow of Communication: an Up-to-Date Report on an Hypothesis", en Bourdieu, P., Chamboredon, J.C. y Passeron, J.C., 2003 (1975): *El oficio del sociólogo*. Madrid: Siglo XXI, 224-231.

LOW, S. 2004 *Behind the Gates: Life, Security, and the Pursuit of Happiness in Fortress America*. New York: Routledge.